

EL MONAGUILLO DE ABDERRAHMAN

13 January 1952
A LOS MONAGUILLOS
P. Miguel

Se le veía con frecuencia jugando a las orilla del Miño, aturdiendo con sus gritos infantiles el pórtico de la basílica episcopal de Tuy. Educado Pelayo a la sombra de su tío el obispo Hermogio, crecía junto al santuario, estudiaba la gramática y el salterio, en las grandes solemnidades presentaba el incienso delante del altar, en cajas de marfil con incrustaciones de plata, y se complacía en cantar en el coro, alabando a Dios con aquella voz tan fresca, tan dulce, tan inocente que parecía traer en las alas blancas de sus vibraciones ecos y añoranzas de un mundo, donde no existe el pecado.

Más presto que el viento cambió la suerte de Pelayo. Niño de diez años, se encuentra cautivo en las mazmorras del califa de Córdoba. Vigilado por guardias con látigo en la mano, Pelayo trabaja en la mezquita o en los jardines reales o en alguna de aquellas grandes construcciones con que el poderoso emir embellece su capital. En las horas de descanso los grillos oprimen sus pies: el alimento es escaso: llora lágrimas abrasadoras, pero la fe le sostiene: reza los salmos que había aprendido en la escuela de Tuy, a la luz mortecina de la cárcel.

Lee los códices visigóticos y, cuando no entiende la lectura, consulta a los clérigos que están presos con él: discute con los musulmanes sobre religión y con su ingenio y palabra fácil llega a confundirlos más de una vez. Si su conversación cautivaba, su presencia ganaba el afecto de cuantos le trataban: ni el encierro había sobado el color encendido de sus mejillas, ni la enfermedad había

afectado su cuerpo. La misma melancolía, que su desgracia había dejado impresa en sus ojos, añadía un nuevo encanto a la belleza de su adolescencia. El sentido moral de aquella alma pura le revela la corrupción que reinaba en aquella ciudad de soberbios palacios, de los maravillosos jardines, de las tres mil mezquitas y de los novecientos baños. Más de una vez en la confusión inmoral del ergástulo, Pelayo tuvo que apelar a una energía heroica para guardar la pureza de su alma. Se daba cuenta de que vivía en una ciudad, donde los poetas cantaban las gracias de los mancebos con versos apasionados: donde los eunucos y los libertos llegaban a comprar las más altas dignidades con la prostitución de su conciencia, donde a cambio de honores y regalos el califa exigía de sus cortesanos la apostasía de la fe y los más libidinosos servicios.

Un día los carceleros se acercaron a Pelayo, le rompieron las cadenas, le despojaron del saco de los cautivos, bañaron su cuerpo con agua perfumada, rizaron y peinaron artísticamente sus cabellos, le vistieron una túnica de seda y le ciñeron un brillante cinturón. El rey mandado de tí, te llama, le dijeron. Era la hora de mediodía, cuando Pelayo atravesó los patios y jardines: a su paso los guardias sudaneses inclinan sus cabezas con respeto. Un cortesano sale a su encuentro, le coge de la mano y le introduce en un amplio salón en cuyo fondo, arrellanado entre cojines sonríe Abderrahmán, el sultán de cabello rubio, ojos azules, color sonrosado, rostro afable y agradable me-

do. El niño de catorce años, temblando por su fe y por su porvenir, se acerca haciendo las tres postraciones de rúbrica. El sultán admiró el tallo esbelto, las carnes de color de rosa y de jazmín, la abundante cabellera, después dijo sonriente: Niño, tendrás oro, plata, vestidos, alhajas; pero es preciso que te hagas musulmán como yo: he oído que eres cristiano y que empiezas a discutir en defensa de tu religión. Pelayo con la serenidad y energía, que comunica la gracia de Dios, "Sí, rey, soy cristiano; lo he sido y lo seré. Todas tus riquezas no valen nada." Abderrahmán, preocupado por otras ideas, no hizo caso de la respuesta: la gracia de Pelayo y el encanto de su voz le cegaban. Llevado de su instinto brutal, se adelantó hacia el muchacho y le tocó la túnica con las manos. Lleno de ira el puro adoles-

cente retrocedió, diciendo: "Atrás, perro. ¿Crees acaso que soy como esos jóvenes infames que te acompañan?" Al mismo tiempo hizo añicos su túnica de seda. "Sacadle de aquí," dijo el príncipe, airado: "educadle me-

jor, si podeis: de lo contrario, sabéis el castigo que merece". Ni los ruegos, ni las amenazas, pudieron doblegar el carácter del joven. Pelayo no volvió a atravesar los umbrales de la cárcel: colocado en una máquina de guerra fue lanzado desde un patio del alcázar hasta el lado opuesto del río. Caía la tarde, cuando el monaguillo de Tuy entraba en el cielo batiendo la palma del martirio.